

# Lo que sea de cada quien

## El psicoanalista de Arreola

Vicente Leñero

Intelectuales y artistas se analizaban con Guillermo Montaña. Cuando yo me inicié como paciente sabía de Enrique González Pedrero, de Julieta Campos, del compositor Julio Estrada, de Juan José Arreola...

Montaña había pertenecido a la Asociación Psicoanalítica Mexicana y antes se graduó como médico militar. Tenía su consultorio adosado al jardín de su casa del Pedregal de San Ángel, Escarcha 56, con una grata vista a la vegetación: sedante si no fuera porque uno iba ahí a remover las murgas de la vida.

Era un hombre sabio, por momentos implacable, que obligaba a asumir compromisos, a doblegar resistencias, a no salirse por la tangente.

Una mañana, al concluir la sesión, Montaña me informó que se veía obligado a suspender unas semanas el tratamiento. Respiré aliviado, agradecido por la tregua.

—¿Vas a salir de viaje? —pregunté.

—Van a operarme —sonrió absurdamente—. Tengo un tumor canceroso.

Reanudamos las sesiones después de su convalecencia. Se veía tranquilo y toleró que le preguntara sobre la cirugía. No se explicó demasiado, pero dijo que regresaba a su trabajo con bríos suficientes para “seguir atormentándolo”. Era una broma, insólita en él, con la que de seguro disimulaba su malestar porque a partir de entonces le resultaba imposible ocultar su debilidad, su palidez. Con frecuencia interrumpía la discreción analítica para hablarme de su afición a la escultura. De su autoría, eran aquellas figurillas metálicas de no más de diez centímetros de alto, que se desparramaban por los estantes y las mesitas del consultorio. Parecían inspiradas en Giacometti, aunque resultaban feúchas. No era un buen escultor.

Un jueves me preguntó por Juan José Arreola, ¿lo conocía yo? Montaña había sido su analista en los años sesenta y se acababa de enterar de que estaba enfermo en Guadalajara. No tenía su dirección. Quería visitarlo para despedirse, dijo. Y yo pensé: quizá porque temía la pronta muerte de Arreola o la suya propia. Finalmente, ambos estaban desahuciados.

Investigué para él la dirección de Arreola, y cuando Montaña regresó de visitarlo ocupó la primera parte de la consulta en hablar con largueza del encuentro. Le había llevado a regalar una de sus esculturas y lo encontró lúcido y conversador como antes. Bebieron vino blanco. Platicaron más de tres horas.

—Llegué a estimarlo de veras —confesó Montaña—. Y él a mí. A pesar de que le fue muy difícil el análisis. Lo interrumpía a cada rato. Tardaba meses en regresar pero volvía, siempre volvía.

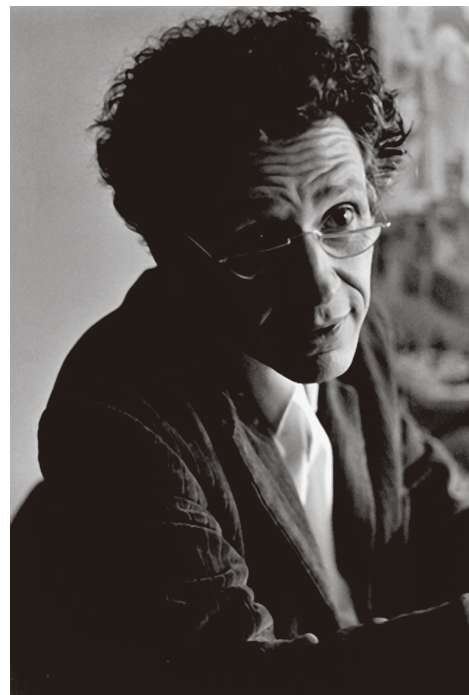
En la segunda parte de la consulta fui yo quien habló largo y tendido sobre Juan José a petición de Montaña. No tuve dificultad alguna en encomiar la generosidad del maestro, lo fundamental que fue para mí en los primeros años de mi formación literaria.

Ya había consumido más tiempo de los cincuenta minutos de rigor, ya me retiraba del consultorio, ya cruzaba la antesala, cuando la voz de Montaña me hizo girar.

—Espere.

Fue a un rincón donde se encontraba su archivero, hurgó dentro y avanzó hacia mí con un fólter.

Hacía como treinta años, en 1965 —precisó—, había escrito un informe para la Asociación Psicoanalítica Mexicana titulado *Factores esquizoides de la personalidad de un escritor*. Era un estudio de caso, confiden-



Juan José Arreola

cial, en el que llamaba *Francisco* a un Juan José Arreola abrumado a lo largo del tratamiento por su agorafobia, por enfermedades del aparato digestivo y sobre todo por pasiones amorosas entre las que sobresalía, con tormentosa obsesión, su romance con una joven discípula que le exigía matrimonio.

—Es para usted, léalo. Le va a interesar. Puso en mis manos el escrito.

—¿Le gustaría que se publicara, doctor? Meneó la cabeza como dudando primero, como afirmando después.

—Cuando lo considere conveniente —dijo.

Lo leí apenas llegué a casa. Me impresionó. Ahí estaba Arreola de cuerpo entero a la luz del bistrú psicoanalítico. En las veintidós páginas de extensión, se reproducía un texto autobiográfico de Juan José, el análisis de algunos relatos suyos, de un sueño angustioso, de los desahogos de ese *Francisco* que había perdido a su “gran amor” y confesaba: “Toda mi vida me he sentido en el desamparo”.

Conservo ese estudio desde entonces. Nunca se lo di a leer a nadie ni busqué cauce alguno para su publicación.

Guillermo Montaña murió pocos días después, en los años noventa. Arreola lo sobrevivió hasta el 2001. ■